

Encarando a Oscar Wilde

La desgracia que le ocurrió a Oscar Wilde en 1895 estuvo a punto de destruir a su familia. Transcurrieron largos años de secreto paternal antes que su hijo, Merlin Holland, seciera cuenta que podría aceptar con orgullo a su abuelo.

Es temprano en la tarde de un día de fines de noviembre de 1994. Me encuentro sentado en la penumbra de una de las naves laterales de una iglesia que queda en el barrio de la HIVE GOSCHE en París. No recuerdo cuántas veces he venido a la Iglesia de Saint-Germain-des-Près para encontrar una vela en la capilla del Sagrado Corazón. Vengo solo, como si se tratara de algo mecánico. Ni siquiera estoy seguro del porqué me encuentro aquí: ¿un sentido de deber familiar? Varias docenas de velas encendidas se alineaban a la entrada de la capilla, muchas más de lo acostumbrado y eso que la misa todavía no se encontraba entre ellas. Comencé a pensar que día será este, día que se celebraba la festividad de algún santo muy venerado, pero repetidamente recordé que era un nuevo aniversario de la muerte de mi abuelo, ocurrida el 30 de noviembre de 1900.

Aquí me encontraba sentado, con mi vela aún sin encender, ofendido por lo que parece una ironización pública de parte de parroquianos estrafalarios para celebrar este día que yo no recuerdo. Fue en ese momento en que la sangre y la historia comenzaron a fluir juntas y me encontré siendo el involuntario canal en el que corría un siglo de dolores familiares no llorados.

Por primera vez siento como si fuera parte de mi mismo y no solo simples y hechos recuerdos pertenecientes al pasado. Fue entonces cuando el resentimiento le abrió paso a la gratitud: fue algo semejante a un aludimiento al dulce cuento de que tengo un derecho a reclamar esta parte de mi patrimonio familiar y, con él, respirar adelante. Enfronté mi vela. En solo algunos minutos ya era imposible distinguirla de las

otras, no era sino sólo un viciante tributo entre muchos otros. Me retiré por una puerta lateral; detrás mío quedaban quemándose mis treinta y cinco años antes de que recordara que mi padre me había por primera vez de Oscar. Temprano en la mañana, durante un caluroso día del verano y adivino verano de 1901, mi padre me llevó a caminar por las calles de Chelsea, barrio en que vivíamos. A medida que pasábamos las casas que le tenían recuerdos, mi padre, de forma descriptiva, me contó las iba describiendo. Me mostró la casa de los Wilde en Tite Street, lugar en que él había nacido. Los porrones del Royal Hospital en los que él y su hermano habían jugado cuando eran niños. Debo haber estado desbordante de preguntas, ya que cuando volvíamos me entregó una copia de su autobiografía —"Son of Oscar Wilde"—escrita en 1904. Me dijo "me parece que ya ha llegado el momento en que tú debes leerla". Es lo que yo respecta a los próximos años de mi padre fue elocuente y conmovedor. Faltó que, cuando la escribía, inspirado por mi madre, usaran un gran número de las heridas recibidas en su vida. Así, cómo Constantine había enviado al extranjero a sus dos hijos durante el tiempo en que a Oscar se le juzgaba en los tribunales; cómo ella más tarde había perdido tras ellos y para verse obligada a cambiar su nombre por el de Holland cuando el dueño de un hotel entre descubrió quienes verdaderamente eran y de inmediato les comunicó hasta la puerta de salida. No obstante, refirió a la caída en desgracia de Oscar no había casi nada escrita. Sólo cubría dos o tres páginas y la razón por la que se le había encarcelado, jamás se mencionó. Juzgando todo lo sucedido conforme al contexto de los años 90, esto no era para sorprenderse, pero no me ayudó a comprender el curso de vergüenza pública que parecía rodear la vida privada de mi abuelo. Hasta en las eternas biografías pictóricas que mi padre había escrito en 1900, sólo se refirió, a lo más, a una "estre-

cha amistad" entre Oscar y Lord Alfred Douglas, la que había "originado ciertas ruinas", y, al reproducir una de las solicitudes de Oscar desde la prisión, él había insistido que la élusiva en la que se mencionaba su crimen —"gruesa indecencia"—fuerza borrada. No puedo recordar sino veladas y pasajeras alusiones que hizo frente a mi abuelo de su padre. Debido a que la última vez que vi a Oscar solo tenía ocho años, de hecho no podría haberme contado mucho más. Sin embargo, me parece que si miro que yo sentía por saber los hechos se encontraba de forma inextricablemente relacionado con la necesidad de que alguien me asegurara cómo enfrentar la situación, cuando yo, finalmente, terminara por saber la verdad, si el truncamiento del tiempo había hecho que mi padre sintiera un menor dolor causado por el escándalo y el exilio, no había sido lo suficiente como para que pudiera hablar de forma abierta acerca del impacto emocional que lo afectó y, aunque en mucho menor medida, también a mí. Por otra parte, mi madre falleció a los ochenta, cuando yo tenía 21 años y mis preguntas jamás fueron hechas. Cuando yo tenía 17 años me dijo que Oscar y "Bosie" Douglas habían mantenido una amistad totalmente platónica y que los tres casos que se ventilaban en los tribunales se basaron en evidencias presenciales por perjurios pagados. Con igual convencimiento lo repetí lo mismo a un compañero de escuela, quien me dijo con toda franqueza que pensaba acerca de mí y de mi abuelo. Respondí diciéndole una pelen para defender al honor de mi familia y por esto lo simplemente me expulsaron de la escuela. En 1967, cuando aún no me había graduado de Oxford, una revista norteamericana me pidió que escribiera un artículo acerca de la teoría que Wilde tenía de la estética. Ya que yo estaba estudiando francés, escribí acerca de la influencia que ejerció sobre aquel el decadente flamandés y le escribí a mi padre dándole a co-



La complejidad de la figura de Oscar Wilde es enorme: un arco-iris con impetus nacionalistas; un protestante con inclinaciones satíricas de toda una vida; un hombre al casado con dos hijos; un músico de las palabras y pastor del lenguaje que confió a André Gide que se acerca escribiendo.

nocer la noticia. De inmediato la familia emitió su veto. El costoso con la prensa debía evitarse a cualquier precio. El artículo no se escribió. Al pulso unos años después de ocurrido este incidente, Oscar ya no ejerció en mi vida una gran influencia. Viví en el extranjero y tenía muy poco contacto con el mundo literario, pero en mi interior sentía que aún había algo por nombrar referente a mi abuelo.

El hecho de internarme en mis antepasados era como detenerme como algo enfermizo, así desde un antiguo punto

ocurrida en 1900 fueron en gran parte las responsables de esta actitud. Repentinamente el mundo académico comenzó a tomarlo más en serio, como erudito y como pensador (no por cada alguien se gradúa en Oxford ocupando el primer lugar en el estudio de los clásicos) y ya solo como un hombre divertido perteneciente a un ambiente literario de segunda clase. De súbito me encontré intercambiando correspondencia con profesores universitarios que me pedían permiso para citar parte de sus cartas y, además, ellos creían que yo contaba con un conocimiento enciclopédico acerca del tema. Esta situación me revolvía de la aversa que yo necesitaba. Si yo tenía que administrar esas últimas dotes de propiedad intelectual, mi investigación podría electuarne abertamente y sin tener a acusaciones que yo siempre temí que pudieran relacionarse con los genes. Durante los próximos veinte años leí y visité a leer todas las obras y cartas de mi abuelo y también la virtualmente abrumadora cantidad de biografías, ensayos y recuerdos personales de aquellos que lo conocieron. Lentamente comencé a armar un cuadro compuesto de una enorme complejidad. Él era, a su vez, un anglo-irlandés con simpatías nacionalistas; durante toda su vida fue un protestante con inclinaciones católicas; un homosexual casado y padre de dos hijos; un músico de las palabras y un pastor del lenguaje que le confesó a André Gide que le aburría escribir; un artista interpretado por tres culturas: la consagrada anglo-francesa y, en lo más profundo de su corazón, la celta; un conformista rebelde que transgredió los cánones de la sociedad sólo por el tiempo suficiente como para hacer reír a carcajadas a la gente. Y, no obstante, impedírselas para lograr reconvertirlas a todas en un gran caleidoscopio de colores.

Escrito por Merlin Holland, publicado en el Sunday Times del 12 de Octubre de 1997.

Encarando a Oscar Wilde.[artículo]

Libros y documentos

FECHA DE PUBLICACIÓN

1998

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Encarando a Oscar Wilde. [artículo]. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile